

## EL EXÁMEN DE MARIDOS.

---

Contiene esta comedia de intriga, la solucion de uno de los más difíciles é interesantes problemas de la vida social, que tantas veces se yerra ó deja de estudiarse con el detenimiento suficiente, á saber: si para el matrimonio ha de elegirse la persona á quien más queramos, ó la que en más estimemos; la que tenga nuestro afecto, ó la que merezca tenerle: en una palabra, si ha de decidir este negocio la cabeza ó el corazon. Doña Ines lo resuelve en el primer sentido: se cree obligada á optar por el pretendiente más perfecto, á juicio de los demas, sacrificando al que ama, si bien el artificio dramático y la marcha de los sucesos lo disponen y combinan de suerte, que concurran en uno, las dos circunstancias; el amor de ella y el merecimiento de él, quedando por lo tanto satisfechos el corazon y la cabeza.

Y hemos contado, entre las de intriga, esta comedia, á pesar del pensamiento moral que importa, porque no es el que la vivifica ó encarna: no es siquiera consecuencia ó leccion que de ella se desprende: que otros habian de ser los medios y la seguida de la accion, si se hubiera propuesto probar la conveniencia de preferir lo bueno á lo agradable, en este caso. ¿Cómo no mostrar al espectador las ventajas de escoger lo uno, y los inconvenientes de desechar lo otro? Pero volva-

mos al asunto. La pase y curso de la accion son caprichosas y originales cual pocas.

Para cumplir Doña Ines con la última voluntad de su padre, reducida á decirle: *antes que te cases, mira lo que haces*, saca su mano á oposicion. Para fijar los títulos y aptitud de los que han de contender, admite memoriales, con expresion de su estado y partes respectivas: toma informes, y por último, instruye su expediente á cada uno, y, segun lo que arroja, le desecha ó admite á los ejercicios. Consisten estos en pruebas de destreza corporal é intelectual; un torneo y un certámen; y manda, que para ninguna competencia, se eche mano á los aceros. Chistoso, nuevo y adecuado es querer cumplimentar semejante disposicion testamentaria, por las vias de la tramitacion pública y oficial que establecen las leyes, para acreditar otro órden de merecimientos. La manera de disponerlo y organizarlo es hábil, apropiada, maestra; mas el juez del concurso era parte sobrado interesada, y no calculó que podria sobornarla su propio corazon, ántes de llegar á hacer la propuesta. Así sucedió en efecto: al incoarse aquellos procedimientos, se enamoró de uno de los concurrentes. Este amor, que habia de querer sofocar la voz de la justicia, es el gran resorte que sirve para empeñar la comedia y enaltecer la abnegacion con que sacrifica su cariño á su deber. Es, pues, el nudo de la pieza el amor que se profesan Doña Ines y el Marqués D. Fadrique.

La oposicion y resistencia que sufre el movimiento total dramático y que provoca las alternativas que lo constituyen, proviene particularmente de la intriga suscitada por Doña Blanca, amante primitiva del Marqués: intriga habilísimamente dispuesta, por cuanto no habia de aclararse nunca entre los dos amantes á quienes dividia, y con no menor habilidad desbaratada, merced á la conversacion que oyó desde su escondite Ochavo, y puso en conocimiento de su amo.

Anima y embellece la comedia toda, y la desenlaza por admirables términos, la nobilísima y sin par amistad del

Conde Cárlos con el Marqués D. Fadrique, principales figuras que campean en el primer término de tan precioso cuadro.

Es la urdimbre de esta pieza tupida é igual: tiene variedad lujosamente esmaltada, dentro de rigurosa unidad. No cabe complemento de accion más uno y emparentado con ella, que el último ejercicio á que se someten los opositores. Contiene toda la virtualidad de los grandes medios dramáticos, que se distinguen por lo múltiple y simultáneo de su eficacia; producen á la vez tres ó cuatro efectos; provocan ó resuelven otros tantos conflictos. Ese ejercicio da margen á que el Conde y el Marqués esfuercen su amistad hasta el idealismo; á que se engañe Doña Ines, creyendo que cada uno procura para sí; y á que ella decida en tal contienda, contra el interés de su corazon. Lástima es que los discursos de ambos adolezcan de indigestos, por su argumentacion y doctrina excesiva; especialmente el del Conde aborda la cuestion tan en sério, la trata con tan escolástica conciencia, que resulta por demas erudito y sobrecargado de citas y autoridades intempestivas y abstrusas.

Muchas son las bellezas que pudiéramos apuntar en esta comedia. Entre ellas, pocas hay comparables, por lo graciosa, al cuento con que Ochavo incita á su amo el Marqués, á que acuda á la oposicion, acto que le repugnaba por lo extraño.

Un aguacero cayó  
En un lugar, que privó  
Á cuantos mojó de seso;  
Y un sabio, que por ventura  
Se escapó del aguacero,  
Viendo que al lugar entero  
Era comun la locura,  
Mojóse y enloqueció,  
Diciendo: En esto ¿qué pierdo?  
Aquí, donde nadie es cuerdo,  
¿Para qué he de serlo yo?

Y á propósito de Ochavo, no podemos ménos de condenar, como en otras ocasiones, lo licencioso de algunas de

sus gracias: pocas enormidades se dicen de más grueso calibre que la de

Uno de dos  
En dificultad tan nueva:  
Recebir la causa á prueba,  
Ó encomendárselo á Dios.

Afortunadamente, como aquí mismo se observa, la desvergüenza no está en los términos; no es material y absoluta sino intencional y relativa: es de concepto y no de palabra: y hasta donde lo malo puede agradar, ya por su forma, ya por su colocación, ya por nuestra malicia, nos agrada esa ocurrencia; á que es fuerza reconocer sumo chiste y verdadera oportunidad.

Bella es y natural la explicación que da el Marqués de su mudanza. Galante, discreta y justa la reprensión de Doña Ines al Conde D. Juan y al Conde Carlos, cuando los sorprende, disponiéndose á reñir.

Oportuna, propia y, en cierto modo, sorprendente la contestación al Marqués cuando ésta le tilda de fatuo y presuntuoso, porque, cronista y biógrafo de sí mismo, se alaba y refiere sus propias hazañas.

Nada decimos de la sabrosa y peregrina escena xiv del acto segundo, donde Doña Ines, por medio de su secretario Beltran, se entera de los memoriales y va resolviendo: habría que copiar entera, desde su primera letra hasta aquel final admirable, dondó sucumbe forzosamente la imparcialidad del juez que habia de sentenciar, diciendo:

DOÑA INES.

Pues borradle.... mas teneos,  
No le borreis: que es en vano,  
Entre tanto que no puedo,  
Como su nombre en el libro,  
Borrar su amor, en el pecho.

Dado que se tache de falsa ó inverosímil toda la ingeniosísima escena que precede, ese final es un rasgo de los

que pintan de una vez una situación, un carácter, un alma: contiene imponderable verdad en indecible belleza.

No há menester encarecimiento la discreción con que responde al Marqués, cuando le pregunta:

¿ Los ingenios intentais  
Examinarnos?

DOÑA INES.

Si iguales  
Los méritos corporales  
Á los del alma juzgais,  
Erraislo: y se precipita  
La que así no se recata;  
Que con el alma se trata,  
Si con el cuerpo se habita.

Salvo los defectos del certámen último entre el Marqués y el Conde, que hemos apuntado, los diálogos, versificación y lenguaje del resto de la comedia, pueden citarse como modelos de viveza, claridad, tersura y corrección.

LA VERDAD SOSPECHOSA.